

### Review/Reseña

Martínez Pinzón, Felipe. *Una cultura de invernadero: trópico y civilización en Colombia (1808-1928)*. Madrid y Frankfurt: Iberoamericana-Vervuert, 2016.

### Miradas lejanas, fantasías cercanas: pensar el Estado-nación andino-tropical hoy a partir del pensamiento decimonónico colombiano

**George Palacios**

Clemson University

Martínez Pinzón evalúa la problemática perspectiva en torno de la relación entre el clima y la cultura afirmando que: “Si para las élites argentinas el problema de su territorio era la extensión, para las colombianas lo fue el calor. Sin embargo, por inmodificable, este factor permaneció problemáticamente innombrado” (13). Su estudio se encarga de nombrar dicho factor, revelando el papel clave que ha jugado la “naturalización de la violencia habilitada por los pisos térmicos” (14) en la imaginación—escritura, en su sentido amplio—y, consecuentemente, la formación del Estado-nación desde los puntos de vista de una élite intelectual específica.

El autor demuestra cómo desde la época colonial un conjunto de prácticas sociales, que fueron instauradas por las administraciones metropolitanas primero, por sus similares criollas después, hicieron del trópico y sus gentes, simultánea y contradictoriamente, el lugar de la “enfermedad” y la “abundancia material”, en contraposición al “clima benéfico” de la altura de los Andes ocupados por “blancos o

mestizos hispanizados” (14). Esta “fantasía”, según el autor, permitió una multifacética operación intelectual caracterizada por su concepción de los Andes como la continuación de Europa y lugar privilegiado en los trópicos del norte de Suramérica y, a su vez, todo lo que rodeaba dicho espacio privilegiado era tenido por “naturaleza amenazante e invasora”, y sus gentes como “*verdaderamente* tropicales, más oscuras y—por ende—más indisciplinadas, arruinadas por el calor y desprovistas de historia, desperdigadas en territorios a un tiempo deshabitados y habitados dependiendo de las fantasías comerciales del momento” (énfasis en el original, 15).

Esto explica, nos dice Martínez Pinzón, que la “apropiación del trópico en Colombia” haya sido desde sus inicios un proyecto civilizatorio jerárquico y vertical descendente que, siguiendo “un mandato de la economía mundial que corresponde con un relato representacional”, se haya desplazado de los “climas fríos” a los “climas templados y cálidos” donde los “hombres blancos” pueden “disciplinar otras razas”, creando así lo que Alfonso Múnera apropiadamente llamara “fronteras imaginadas” (15-16). Por todo esto, Martínez Pinzón argumenta que el discurso civilizatorio y administrativo del trópico colombiano se ha caracterizado por ser “un fenómeno postselvático”. Esto es, la selva se concibe como un espacio “antinacional que se interpone entre Colombia y la civilización” (17) produciendo, precisamente por ello, la crisis ambiental de amplias proporciones que ha afectado, y continúa afectando, a todo el territorio nacional hasta nuestros días.

Martínez Pinzón examina la forja del pensamiento antitropical en textos clave de las élites intelectuales colombianas durante el largo siglo XIX. Explorando a lo largo de cinco capítulos lo que apropiadamente llama “fantasías”—discursos primero, proyectos ejecutables después—explica al lector que:

Tanto las fantasías de deforestación como las fantasías agroexportadoras estaban habilitadas por una cierta suspensión del clima sobre la corporalidad del que veía los lugares dónde se llevarían a cabo sus deseos civilizatorios. La invisibilidad del vidrio del invernáculo o la ventana del barco de vapor o del avión, entre otras, se constituyó en una engañosa separación que permitía ver sin ser tocado, suspendiendo el clima sobre el cual la mirada se desplegaba, habilitando la separación entre el afuera y el adentro, y abriendo, por tanto, la peligrosa posibilidad de separar la cultura de la naturaleza. Ver el afuera desde un adentro protegido, inmunizado, crea un lugar artificial—un invernadero—desde donde vivir el espacio sin sentirlo, abriendo paso a su deshistorización. Esto permite desplegar toda clase de fantasías comerciales que se traducen en proyectos de disolución de comunidad, proyectos que pueden terminar—y han terminado—en genocidios como el que ocurrió en el Putumayo a comienzos del siglo XX como fruto del *boom* cauchero. *A ese ojo sin cuerpo que retraza las oposiciones entre naturaleza y cultura lo quiero llamar la mirada invernacular.* (Énfasis agregado, 19)

De modo que la “mirada invernacular”—mirada desde el afuera, alejada—surgida de la instrumentación de la geografía del trópico dentro de diversos proyectos políticos de las élites se constituyó, desde sus orígenes, en un impulso violento, bélico y disociador de las experiencias de las comunidades con la tierra, de la naturaleza con la cultura (20). Martínez Pinzón logra demostrar esto en un cuidadoso, bien argumentado y relevante análisis textual, en su sentido más amplio, de tan peculiar perspectiva, demostrando cómo la imaginación y la construcción del Estado-nación andino-tropical fueron intrincadamente urdidos por intelectuales (viajeros, poetas, estadistas, entre otros) de la talla de Francisco José de Caldas, José Asunción Silva, Rafael Reyes y José Eustasio Rivera, y todavía perdura su estela en la manera como se concibe la naturaleza y la cultura, el centro y la periferia geográfica, en la Colombia de hoy.

En el primer capítulo, titulado “Fantasías de la deforestación en la obra de Francisco José de Caldas”, Martínez Pinzón emplaza la publicación del ensayo “Del influjo del clima sobre los seres organizados” (1808) por parte de Caldas, como un momento clave en la producción de una “narrativa” o “construcción ideológica” sobre los Andes tropicales, cuyos diferentes climas guardan una estrecha relación con la producción de distintos cuerpos y su organización en varias culturas. Caldas, desplazando centros y periferias, trastoca el discurso colonial metropolitano en el nuevo contexto nacional americano: “la metrópoli será ahora la andina y fría Santafé, y sus colonias serán los periféricos ‘países ardientes’ (...)” (22). Al excluir la historia de la conquista y la colonización, como criollo, el impulso argumental de Caldas busca asimilarse a lo europeo y alejarse cada vez más de las castas que son grandes mayorías y podrían disputar el poder. Este punto de partida en el pensamiento de este intelectual, conjuntamente con la privilegiada comunidad interpretativa que se reunía alrededor de las ideas publicadas en el *Semanario de la Nueva Granada*, dirigido por él, con sus múltiples consensos y disensos, construye una especie de oda a la montaña en completo detrimento de las tierras bajas, puesto que en su imaginación, nos dice Martínez Pinzón,

Parecería que la pendiente de la cordillera es lo que crea movimiento y lo que posibilita por tanto salir fuera de la llanura. El movimiento que proviene de los Andes es un envión que integra las llanuras no solo a la vida sino a la historia. Este es el itinerario que replicarán los viajes de Caldas. Desde arriba hacia abajo, en un viaje vertical, que se cumple con la vuelta a la altura, Caldas marca tras de sí el curso que debe seguir la historia. Sin poder contemplar las llanuras por mucho tiempo, el ojo de Caldas, que las ve sin embargo desde afuera, solamente puede huir. (25-26)

Este movimiento vertical, en conjunción con la mirada desde el afuera, erige un cuerpo (el del criollo-intelectual) que observa a la vez que es inobservado. Distinguiendo “espacio” (“intersección de objetos móviles”) de “lugar” (“estable” instantánea configuración de posiciones”), siguiendo los argumentos de Michel de Certeau, Martínez Pinzón observa que “los textos geográficos de Caldas son “máquinas” que convierten los “espacios de los ‘países ardientes’ en lugares sin tiempo” y, por ende, sin historia”; de este modo, en vista de Caldas, “si suprimimos las montañas ‘por un momento’ se desquicia el espacio granadino sacándolo del tiempo, convirtiéndolo en lugar: desaparecen sus habitantes, los sembradíos y la riqueza, y aparecen reptiles, aguas estancadas e insectos mortíferos” (26). Esta operación textual permite a Caldas legitimar un “proyecto civilizatorio” donde una única “Cultura” puede surgir comenzando en cierta altura sobre el nivel del mar (26).

Martínez Pinzón explica detalladamente las implicaciones de esta perspectiva. En primer lugar, señala cómo Caldas construye la idea del clima a partir de un “mapa ideológico dividido entre tierras frías como tierras no tropicales y tierras calientes como verdaderamente tropicales” (30). Usando lo que el autor llama “máquinas climatológicas”, a saber, mapamundis y el sentido de la visión, el intelectual decimonónico instauro desde su texto “una mirada que ve pero no siente [puesto que está] [fuera del clima [y] el ojo se puede separar del cuerpo”, legitimando así su posición—aunque dislocada—de descendiente europeo en el trópico (31-35). En segundo lugar, el correlato de la construcción acabada de describir es justamente la instauración de un discurso en el que “La mezcla racial es una narrativa [que] se resuelve en la hispanización de las castas”, puesto que el “cruce de razas es también el cruce de temperaturas y la mezcla de espacios, pero solamente si pasan por la ‘raza’ europea” (40). En tercer lugar, la conclusión es inevitablemente una en donde “la fantasía de la deforestación” encuentra su realización no solo discursiva, sino también práctica: “Hacer de la selva un país habitable implica, por tanto, eliminarla como territorio particular e integrarla a una historia que la convierta, al igual que los Andes, en un ‘territorio sereno y feliz’. *Andinizar la selva en Caldas es europeizar el trópico*” (énfasis agregado, 47).

En el segundo capítulo, titulado “La mirada invernacular: José María Samper, liberalismo y exterminio”, Martínez Pinzón continúa su hábil y detallada exposición contrastando lo que evidencia la reconocida litografía *Champán en el río Magdalena* de Ramón Torres Méndez (1809-1885) y algunos aspectos de la extensa obra del intelectual liberal decimonónico José María Samper. El autor propone que Samper

reexamina el mapa caldasiano antes expuesto, al pasarlo por “nuevas teorías racialistas europeas” y lo adecúa a la manera en que el proyecto liberalizador de la época imagina lo espacial (54). Asimismo, avanza un acercamiento a Samper, como viajero intelectual liberal, frente a otro viajero—esta vez profesional—como el boga del Magdalena, quien ha sido “invisibilizado o ultrainvisibilizado en su cuerpo y prácticas por quienes, como Samper, tenían necesariamente que emplear sus servicios para ir a Europa o volver de ella” (55). En este respecto el autor insiste:

El hombre civilizado es pura mirada, el salvaje [léase boga y similares] es puro cuerpo, incesantemente escrutado, sin habla, sin vista, sin oído, sin olfato, pero con piel (no para los mosquitos, pero sí para ostentar la diferencia). Por eso la choza y el champán son salvajes porque dejan ver quien lo habita. El vapor, en cambio, no: oculta a Samper en su camarote y en ese sentido es el perfecto espacio para ver sin ser visto. (62)

Quizá esto logre explicar esa relación, aparentemente simbiótica, entre la abundancia del trópico y la violencia. Para Samper, el espacio tropical es “un mundo que tiene todo lo europeo en demasía”, haciendo del ambiente, incluyendo los cuerpos, un todo desbordado, sin domesticar, sin nadie que lo trabaje para convertirlo en Europa. Por esto, “cada vez que se dice el Bajo Magdalena se dice no-Europa, y, por lo tanto, no se describe lo que se ve sino lo que no se ve, pero debería verse: ‘En cada momento particular en que África es identificada como no europea, permanece Europa, no África, como aquello que es nombrado’” (69). Por la manera como se comprende este trópico, en vista de Samper, “el ocio” no es únicamente improductivo en el trópico, sino que puede tornarse mortal, puesto que no trabajar es rendirse ante la vegetación, ser vencido por el clima y sus habitantes (69).

Trazando la historia de los invernáculos europeos, los cuales mezclaban industria, ciencia y economía, y a diferencia de los invernaderos, incluían también artes y ocio, Martínez Pinzón examina la visita de Samper al Crystal Palace de Londres y lugares similares en Europa. Siguiendo a Foucault en su concepto de heterotopía, el autor demuestra cómo por medio de ese “mundo ‘patas arriba’ [...] [que] produce estos espacios alternos” se pueden observar “las fantasías, pesadillas y ansiedades que producen en sujetos que, como Samper, viniendo del trópico, se mueven por Londres sin ser europeos, pero sintiéndose agentes del proyecto civilizatorio en su propio país” (72). El intelectual decimonónico, imaginándose como “un viajero planetario” en el Crystal Palace, “recorre la tierra entera en una tarde de domingo como si pasara por un jardín, sin tropiezos y sin interrupciones” (73). Este tipo de experiencia le conduce a enfatizar el invernáculo dentro de sus textos de viaje como jardín totalmente

cultivado, mostrando la posibilidad de que la selva (Colombia) sea civilizada e incorporada dentro de la historia europea (75-76).

En el tercer capítulo, titulado “Otros invernáculos: José Asunción Silva frente al proyecto civilizatorio”, Martínez Pinzón propone “descomopolitizar” a este poeta en cuanto emerge como “conciencia intelectual nacional” al ser el primero en mofarse de los letrados colombianos cuando piensa una especie de “canon nacional fuera de las gramáticas y las pseudociencias de sus contemporáneos” (90). Al leer “a contrapelo” la narración en *De sobremesa* (1925), siguiendo una amplia literatura crítica alrededor de ésta, el autor argumentará que Silva nos ofrece “una escritura consciente de la especificidad del trópico colombiano” y, por ello, subvierte los distintos discursos civilizatorios avanzados por la élite local, tanto la liberal como la conservadora de la Regeneración de Núñez (1886-1899), en especial “el discurso” de éste sobre “la recuperación del orden como un reincorporarse en la ruta del progreso” (90). Desde este marco, Martínez Pinzón centra su análisis en una “figura” que se ha ignorado por mucho tiempo por parte de la crítica silviana: “el invernáculo móvil que tiene en Europa y conserva tras su vuelta a América el poeta José Fernández y Andrade” (96).

Para el autor, la figura de Fernández en su invernáculo móvil es, por un lado, “la versión degenerada de las fantasías regeneradoras de Núñez”, en cuanto la naturaleza tropical americana trasladada a Europa: “no produce ‘la perfección moral’ del evolucionismo spenceriano, sino todo lo contrario: la abulia de fumar opio [...], el excesivo lujo y la infertilidad de las relaciones contravienen la normativa social” (96-97) y, también, por otro lado, el invernáculo nos permite, “observar la literatura modernista como una tecnología discursiva que [...] sirve de citación—para subvertirlo—al trópico de baja altura colombiano como un lugar transitable e inhabitable. El trópico exhibido en el invernáculo no es el que se deja atrás sino el que sigue, como máximo lugar de confort, a quien lo ha creado y disfruta de él” (97). Contrastando esta visión con lo propuesto por Caldas o Samper, Silva, nos dice Martínez Pinzón, no se queda en el confort de la escritura: “como resultado de la domesticación tecnológica del trópico a través del invernáculo”, porque lo que hace de la escritura y la lectura—lo que las élites locales tenían por Cultura—en el confort del invernáculo, no es estimular la producción, sino todo lo contrario, generar “molice” e “infertilidad” (99).

La operación de Silva en su *De sobremesa*, al situar la figura de Fernández en su invernáculo móvil, teniendo un romance con una paisana suya casada, quien fuera su

antigua novia en su país que ahora está en París, hace que el invernáculo también sea un “lugar donde vivir una moralidad alternativa”, un espacio de la “venganza “y la “provocación”, un espacio “degenerado” en el cual se puede representar “la contranarrativa al discurso normativo de la reproducción y la disciplina familiar tal cual dictada por el discurso regeneracionista que veía en el orden la regeneración de los cuerpos” (100-03). Dentro del espacio tropical ordenado, el cuerpo de Fernández—“moderno, blanco, disciplinado, de finas sensibilidades europeas”—no deja de ser degenerado y como “producto de un espacio como su invernáculo es una paradoja inasimilable para el discurso de la regeneración” (104). Todo esto permite concluir, en vista del autor, que el invernáculo en Silva “no es una tecnología operando sobre la naturaleza, sino literatura que muestra las maneras en que la tecnología ha empañado las relaciones de la sociedad industrial y su medio” (106).

Si Rafael Núñez concibió unas “narrativas de salvación” para Colombia desde lo que observaba en Europa, Silva, a través de la figura de Fernández situado en las alturas de los Alpes suizos, en un aparente proceso de desintoxicación y evasión, tensando los asuntos de la degeneración y regeneración, con un “rpto escriturario”, escenifica otro mundo posible, particularmente uno en donde se reemplace la historia de la América tropical por la de Europa, hermanando los textos y jardineando el paisaje tropical como en un invernáculo sin vidrio. En este respecto, “Hacer de los Andes una reunión de todas las producciones del mundo es el paso previo para aclimatar en ella a los inmigrantes, convirtiendo el trópico no en una Neo-África o Neo-Asia, sino en una Neo-Europa donde los europeos—y no los americanos, porque el cambio se fantasea desde Europa para los europeos—reconocerán su lugar de procedencia” (110). En conclusión, Silva, con Fernández situado en Suiza, cita a Samper, y capturando la voz de este, el poeta revela la fantasía de materializar un añejo sueño de las élites colombianas: “la Europa andina—un espacio utópico que Samper solo insinúa—pero que Silva captura para hacerlo manifiesto en el plan a través del cual Fernández busca convertir el trópico en Europa” (112). Lo complicado de este asunto es que “el trayecto hacia la escritura de la novela nacional pasa por la ‘invasión’ de la civilización europea al trópico americano” y esta fantasía se cumple cuando se ejerce “un acto de violencia absoluta: el trópico se puede europeizar en tanto sea eliminando como tal. Trasplantar Europa a América equivale a arrancar el trópico de raíz” (112)

En el cuarto capítulo, titulado “Héroes de la civilización: la Amazonía en la obra del general Rafael Reyes”, Martínez Pinzón se centra en la cuestión de la

integración de la selva amazónica al proyecto civilizatorio global que obsesionaba al general Reyes y sus contemporáneos, poniendo especial atención al proceso por medio del cual fantaseaba la Amazonía como una cosmópolis multirracial, cruzada por ferrocarriles y barcos de vapor, que permitiría con gran eficiencia comercial hacer fortuna a través de la exportación de minerales y frutos. Continuando con el pensamiento de división climática y racial del trabajo, la cosmópolis segregacionista de Reyes, nos dice Martínez Pinzón, “antes de ser una utopía redentora, es una geografía (neo)colonial donde leer las tensiones entre civilización, nación y trópico en Colombia a finales de siglo XIX” (116).

De acuerdo con Martínez Pinzón, el impulso del proyecto de la élite política encabezada por Reyes arriba descrito, respondiendo tanto a intereses conservadores (“disciplinar las identidades no hispanas o hispanizables”) como liberales (“modernizar las vías”), se constituye en el guardián de la misión civilizatoria ya avanzada por Caldas. Reyes, viviendo, recorriendo y explotando el suroccidente del país, es “siempre un cuerpo en movimiento, una corporalidad de la eficiencia que se sobrepone a todos los obstáculos geográficos, políticos o personales” (118). En este sentido, el autor observa en su análisis del texto *Memorias* (1850-1885), que “El fino ojo agroexportador de Reyes desagrega la naturaleza de la cultura, y ve cargamentos donde hay árboles (y no nos olvidemos personas)” (119). En este contexto, el movimiento, el tiempo y el tráfico emergen como elementos cruciales para el desarrollo del proyecto civilizador de Reyes.

Haciendo una lectura del texto del general Pedro Pedraza, *Excursiones presidenciales: apuntes de un diario de viaje* (1909), que recoge los viajes del presidente Reyes a través del país—ahora en tren y vapor—para ver la efectividad de sus programas civilizadores, el autor demuestra cómo, “El texto propagandístico de Pedroza es elocuente de muchas maneras, pero ninguna tan poderosa como en uno de sus silencios: la naturaleza se interpone como obstáculo para que el presidente Reyes realice su excursión en un tiempo récord” (124). Por esto el autor argumenta que fueron las rutas agroexportadoras, más que el café como habitualmente se ha pensado, una especie de “nexo civilizador” que buscaba conectar a Colombia con los mercados internacionales euro-norteamericanos por cuanto las élites comprendían que “el comercio agroexportador—y sus condiciones materiales: los trenes y vapores—“era la “fuerza civilizadora de una caótica geografía tropical poblada de gentes indolentes” (125). Señalar la indolencia de las gentes aquí es la “coartada perfecta” que justifica la desposesión de las regiones de baja altura tropical. De esta

manera se concibe el territorio nacional como una “geografía de tránsito, una escala de comercio internacional, [...] una visión instrumental de la naturaleza” (127). Tenemos, por tanto, que a comienzos del siglo XX el trópico aún continuaba “interponiéndose a la expansión modernizadora” (133).

En el quinto capítulo, titulado “La voz de los árboles: poesía, fiebre y movilidad en *La Vorágine*”, Martínez Pinzón argumenta que Rivera, aunque hace uso de los mismos materiales de Reyes en su obra—es la historia de un hombre blanco, andino, civilizado que baja de las alturas andinas a los llanos y después a la selva—la fantasía civilizatoria se ve invertida por cuanto el propósito del protagonista en *La vorágine* no será redimir a los indígenas de la selva y la barbarie, sino más bien de la barbarie de los civilizados, de los agentes de la civilización. Aunque esta empresa fracasa, para el autor, *La vorágine* es una propuesta estética que se constituye en “una crítica demoledora” de las fantasías civilizatorias en el trópico (139-40). En este contexto, el anacronismo de situar en la selva a un poeta modernista como el protagonista de la novela tensa dos lenguajes importantes: por un lado, uno que es el resultado de “la mirada higienista de su tiempo” e intenta separarse de la naturaleza y, por otro lado, uno modernista poético, que es “producto de la fiebre” y logra establecer comunicación con ella, rescatando así lo que se pudiera llamar “*la voz de los árboles* como discurso liberador, un resultado poético y político que surge al concebir la cultura como extensión de la naturaleza y a esta como resultado de aquella” (140). Dicho esto en otras palabras, al hacer movedizo el discurso tradicional que oponía naturaleza y cultura, leído en el contexto de comienzos de siglo XX en Colombia como lo higiénico ante lo antihigiénico (o poético), la voz de los árboles se constituye en el fundamento que el capital cauchero no logrará dominar y convertir en mercancía, brindando así una narrativa acerca de “la relación entre capital, trabajo y espacio” (140-41).

Martínez Pinzón logra hábilmente mostrar cómo algunos de los discursos médicos de la época en Colombia, como el debate sobre la degeneración de la raza de los pensadores conservadores Silvio Villegas, Miguel Jiménez López y Laureano Gómez, por ejemplo, no “se dejan traslucir en la novela” de Rivera. En ella “es el clima y no el influjo de éste sobre la raza el que desestabiliza las fuerzas civilizatorias en el trópico” (149). De acuerdo a Martínez Pinzón, Rivera se inclinaba por “las tesis melioristas del tipo Neo-lamarckiano, también en boga entonces” que intentaban “operar higiénicamente sobre el medio para mejorar ‘la raza’ (como sinónimo de pueblo) borrando las fronteras entre lo nutritivo (nurture) y la naturaleza (nature)”

(149). Para Martínez Pinzón se puede leer a Rivera persuadido por los debates eugenésicos del momento, particularmente el papel que juega la enfermedad, la distribución de los cuerpos y la agencia política que realiza el texto mostrando los lenguajes que se constituyeron sobre el trópico de baja altura en el pensamiento geográfico colombiano. Martínez Pinzón lee “El lenguaje de la fiebre” en la novela de Rivera como “lo antihigiénico literariamente,” mostrando “lo que verdaderamente hace de esos espacios lugares inhabitables: su captura por parte de la industria genocida del caucho” (149).

En conclusión, este libro nos presenta una excursión panorámica profunda en conceptos y novedosa en matices acerca de los discursos que sobre la cultura y la civilización se fueron construyendo a lo largo del siglo XIX por parte de las élites intelectuales y políticas colombianas. La originalidad argumental de este texto se encuentra en lo que el autor ha llamado “fantasías” y “mirada invernacular” para describir el proceso por medio del cual se instauró un discurso sobre las tierras bajas del trópico andino que todavía sobrevive en el imaginario colectivo económico-político y hace de los territorios—la naturaleza—y sus gentes—la cultura—meras piezas reacomodables de la explotación y cosificación de recursos y personas del capitalismo global de ayer y de hoy. La fortaleza metodológica de este trabajo se observa en el hábil intercalamiento de múltiples textos y cuadros apoyados por una bibliografía secundaria relevante. Para los estudiosos de Colombia y Latinoamérica en general, el texto de Martínez Pinzón es una excelente contribución para continuar la tarea de hacer más inteligibles los procesos por medio de los cuales este espacio geocultural continúa siendo un sitio de arduas disputas, simbólicas y concretas, por el poder.